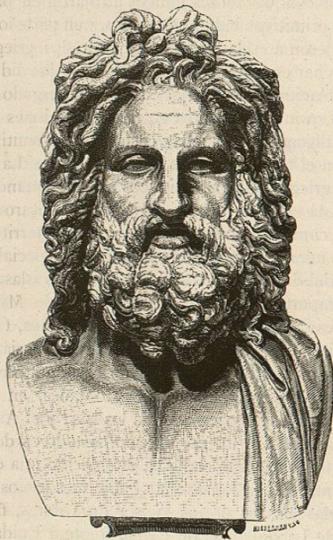


sentó sus reales en Gortyna. Entonces comenzaron desde las costas orientales de la Laconia, Argos, Trezene y Epidauró las correrías marítimas de los dorios que se dirigieron hácia el extremo Sudoeste del Asia menor, conquistando allí las islas de Cos, Calydna y Nisiro, y ocupando también el continente meridional cario, en donde se levantaron las ciudades dóricas de Gnido, Mindo y Halicarnaso. Después de largas é importantes luchas, lograron los dorios, en 800 antes de Jesucristo, conquistar á los fenicios la importante isla de Rodas, tan apreciada para la navegacion costanera por su situacion dominante en aquellas aguas, pues la corriente marina que desde el Este sigue las costas meridionales del Asia menor, se cruza allí con la que desde el Helesponto pasa por el mar Egeo. Así como en Rodas brillaba todavía el culto fenicio bajo formas griegas, así también varias razas fenicias fueron acogidas en la ciudad de Jaliso bajo la nueva dominacion dórica. Poco á poco fué también conquistada por los griegos la isla de Creta; mientras que algunos dorios de Argos se apoderaron de Knosos, fundaron en las costas orientales de la Laconia la ciudad de Lythos, y desde allí tomaron la aquea Gortyna. La emigracion de aqueos se dirigió en parte á Creta, saliendo de la mitad meridional del valle laconio del Eurotas, cuya conquista habian llevado á cabo los espartanos en la primera mitad del siglo octavo antes de Jesucristo. Los antiguos cretenses solo pudieron sostenerse en la parte oriental de las islas y en las altas montañas. Sidonia, el último centro de los fenicios ó de los que se habian hecho tales, fué tomada, finalmente, por los dorios, que sentaron su dominacion en la parte central de la isla.

IV.—LA NUEVA GRECIA HELÉNICA

Hemos observado antes que por una parte la última revolucion importante y la completa formacion de nuevos Estados en Grecia, con que termina el período aqueo, debió de



El Zeo de Otricoli

comenzar, según la cronología común, á principios del siglo décimo antes de Jesucristo, y por otra parte que para la nueva formacion de los Estados griegos, fué seguramente necesario mayor tiempo del que la tradicion nos dice. Podemos

afirmar con seguridad que se pasaron muchas generaciones antes de que se hubieran formado en Grecia, aquende y allende el mar Egeo, Estados fuertes y ordenados, y antes de que las ciudades nuevamente fundadas por razas que se presentaron en son de guerra, así como por aquellas que, de procedencia griega, fueron arrojadas de sus residencias, consolidaran y completaran su situacion y fueran regidas por gobiernos fuertes. Difícil tarea sería para nosotros, con cortas excepciones, seguir los progresos de ese desarrollo. Desde la primera mitad del siglo octavo antes de Jesucristo, á partir de cuya época comienza una era general, la de las Olimpiadas, y son más en número los pormenores históricos verdaderos, el mundo griego toma aquella fisonomía que en él ha preponderado por espacio de muchos siglos sin variaciones esenciales. Grecia ensanchó considerablemente su territorio con la conquista de las islas del mar Egeo y de las comarcas occidentales del Asia menor. Ese territorio, un tiempo tan lleno de vida, que se extiende entre el Olimpo y las Termópilas, dominado inmediata y mediamente por los tesalios, se hallaba en poder de una raza poco apta para alcanzar un desarrollo más ideal que el que podía imprimirle una nobleza rústica y amante de los placeres. Los griegos del Epiro y de la comarca del Aqueloo se separaron, durante muchos siglos, del desarrollo, siempre creciente, que experimentaba la nacion bajo el helenismo.

Prescindiendo de la nueva y floreciente fuerza de los beocios de la cuenca del Copai, puede decirse que el porvenir de Grecia descansaba en dos razas poco nombradas durante la dominacion aquea. Mientras el antiguo y soberbio nombre de los aqueos se circunscribía en Europa á limitadas localidades, y se usaba solo por aquellos restos de los antiguos aqueos al Sur del golfo de Corinto, y en los territorios de la Ftíotide y de la nueva Acaya, la raza dórica, que un tiempo tuvo escasa importancia, convirtiéndose en un gran pueblo, que conquistó en Europa las montañosas comarcas situadas sobre el Cefiso y los grandes cantones que limitan la Arcadia por el Sur y por el Oeste, enseñoreándose al poco tiempo de vastas posesiones allende los mares. En los territorios dóricos del Peloponeso surgía entonces un movimiento político, fatal para la historia de aquella península hasta después de la dominacion macedónica: movimiento que muy en breve puso en manos de Argos la direccion de los negocios del Peloponeso, estableciendo la supremacia de los Teménidas, rama descendiente de los Heráclidas, que habia aceptado la antigua herencia política de los Atridas de Micene y que imperaba sobre la llanura de Inaco y sobre las extensas costas de la península del Parnon.

Prescindiendo de los antiguos lugares aqueos, sujetos á vasallaje, como Tirinto y Micene, las ciudades que nuevamente se habian desarrollado en el Peloponeso occidental, al Este del valle del Asopo, se hallaban entonces en dependencia federativa de la ciudad central Argos; pero la misma naturaleza indicaba que, en lo futuro, la mayor parte de los principales Estados dóricos estaban destinados á ser autónomos, por más que interinamente aquella conservase cierta superioridad. Argos era el centro en que anualmente se reunían las municipalidades para celebrar el sacrificio general que á Apolo ofrecían, al pié de la *Larisa* de dicha ciudad.

Tampoco habia decaído la antigua anfictionia de Calauria. Los nuevos señores de Orcomene, Epidauró, Hermione, Egina, Nauplia y Prasie, se unían á los de Atenas para la celebracion de aquel sacrificio á Poseidon.

A fines del siglo nono y principios del octavo antes de Jesucristo, habiase consumado en el canton dórico, hasta entonces casi insignificante, y situado en la parte superior del valle del Eurotas, aquella poderosa constitucion política y militar que tan íntimamente ligada se encuentra con el nom-

bre de Licurgo. Antes de terminar esta primera parte, trataremos extensamente de ella, haciendo constar aquí únicamente que este hecho fué el punto de partida del poderoso vuelo que adquirieron los espartanos, gracias al cual, durante el siglo octavo, la preponderancia del poder dórico debía pasar desde Argos al Sur del Peloponeso.

El dorismo no habia alcanzado en las islas del mar Egeo y en los territorios del Asia menor el grado de importancia que tenia en Europa. Creta, á pesar de la riqueza que encerraban sus magníficas llanuras, y á pesar de su numerosa poblacion dórica, no alcanzó, ni en los antiguos ni en los posteriores tiempos, la importancia histórica que le correspondía. La grandeza histórica de la isla de Rodas parece mucho tiempo antes de que los helenos hayan dejado de poseer el predominio histórico universal. Los demás miembros de la raza dórica en el Asia, que se reunían con los dorios de Rodas en el cabo Triopion, junto á Gnido, para celebrar el sacrificio á Apolo, no tuvieron para el helenismo, ni en aquellos ni en los siguientes tiempos, la importancia que sus vecinos los jonios.

V.—LOS GRANDES GRUPOS DE RAZA HELÉNICA

La raza jónica, á consecuencia de la emigracion, habia cambiado completamente de residencia. Prescindiendo de la cuestion de si los griegos del grupo de islas occidentales de la Grecia deben ó no ser considerados como jonios, estos dominaron únicamente en el continente el pequeño triángulo del Atica, cuya futura grandeza histórica nadie en aquella

época podía presentir. El pueblo jónico se extendió más allá de sus antiguas posesiones en la Eubea, por la mayor parte de las ricas islas que pueblan el centro del mar Egeo, y sentó sus reales durante muchos siglos y siempre con creciente éxito, en las costas lidias y carias, que se extienden desde la desembocadura del Hermos al golfo de Jassos. Hasta el año 800 se reunieron en el cabo Micale, en el territorio de Priene, los jonios de las ciudades del Asia con los de Chio y Samos, para celebrar el sacrificio de Poseidon. De los, sin embargo, era el punto de reunion, durante la primavera, no solo de los pueblos de las islas Cícladas, sino también de las razas del Atica y del Asia, que ofrecían allí el sacrificio común á Apolo.

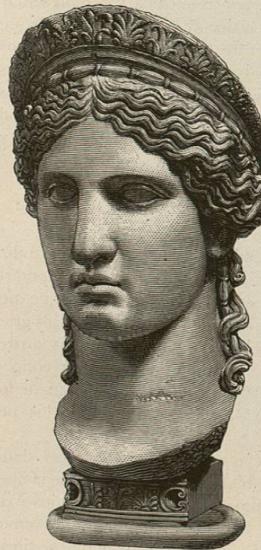
La preponderancia histórica en esta rama del pueblo griego la tuvieron por espacio de tiempo los jonios asiáticos. Su diseminacion por las islas y puertos del Este del mar Egeo y su habilidad en la navegacion, empujaron más y más á los fenicios fuera de aquellas aguas, y los dorios se valieron quizá del mismo procedimiento para apoderarse de la isla de Rodas. A principios del siglo VIII deja de prevalecer en estas aguas la bandera fenicia, no hablándose más que del comercio sidó-

nico con los griegos. El inmediato contacto con el Oriente dió á éstos, como le habian dado los fenicios, aunque por otro lado y con otro carácter, elementos orientales de diversos géneros; les abrió nuevos caminos, y andando el tiempo les enseñó á aclimatar en Grecia las plantas útiles y los animales de Levante.

Menos importantes históricamente, aunque no menos interesantes que los jonios asiáticos, bajo el punto de vista del desarrollo de la civilizacion, son los aqueos del Asia. Desde que la clara luz histórica ilumina el mundo griego, no son conocidos los aqueos del Este con dicho nombre, sino con el de eolios. Cuando la nacion griega, conmovida casi en todas partes por las emigraciones y sus consecuencias, alcanzó cierto grado de tranquilidad y una residencia fija, aparece como general la nueva y marcada clasificacion de los griegos en tres ramas, ó por mejor decir, grupos de razas principales. No es inverosímil que los griegos del Asia, en donde los miembros de la nacion se encuentran aislados, sin límites físicos muy marcados, comprendieran claramente las diferencias cada vez mayores que aparecen entre los dorios y los jonios, que absorbieron restos de otras razas, y las menos aisladas masas del Norte. Es muy probable que la division de los griegos en tres grandes grupos, tan generalmente admitida en el trascurso de la historia, fuese conocida y admitida primero en el suelo asiático, tal cual correspondía al nuevo estado de cosas. De modo que se distinguen perfectamente en posteriores tiempos, los dorios y los jonios, por las marcadas diferencias que en el dialecto y en el carácter existen y se hacen cada vez mayores. Junto á esas dos ramas, se agruparon, en el Asia menor, los demás griegos del Norte, bajo el nombre de eolios, es decir *abigarrados*, *mezclados*, nombre que después se aplicó á todos los demás miembros de la nacion en Europa que no podían ser incluidos ni entre los dorios, ni entre los jonios. Además de los eolios asiático-lésbicos, llegaron á ser miembros importantes del grupo eolio los tesalios (con los cuales tenían mucha afinidad, así por su idioma, como por su carácter, los griegos del Epiro y los del territorio que se extiende debajo del Aqueloo); los beocios, los eleos y posteriormente los arcadios. Un recuerdo piadoso de los tiempos antiguos, fué lo único que indujo á reconocer un cuarto grupo en los restos de los aqueos de Ftíotide y de Acaya, que tanta importancia tuvieron en los primitivos tiempos.

VI.—CARÁCTER NACIONAL HELÉNICO

Difícil por demás sería la tarea para quien quisiera presentar el rasgo característico de los grupos aislados de las razas griegas en los tiempos helénicos, pues sería fácil incurrir en error, en cuanto se tratase de hacer un bosquejo general. Ningun miembro de la raza helénica pierde su carácter, por más que sean cortas en número las municipalidades que, como los atenienses, en su apogeo, hayan conservado el sello de una forma en extremo ideal. Todos los helenos, y esto lo observamos aun en los más rústicos hijos de la Arcadia y en los salvajes cleftas etolios del tiempo de los Diadojes y de los Epigones, se sentían inclinados, como por hermosa herencia, al arte y á los goces del mismo, dedicándose ya fuese á la oratoria, ya á las artes plásticas, ya á la música; si bien una rama de la primera y las segundas no alcanzaron todo su apogeo entre los helenos, hasta al cabo de algunos siglos. Cualidades características de los griegos son también un ardiente sentimiento hácia lo bello, lo noble y lo ideal; y entre los mejores elementos de la nacion, aparece, además, una tendencia á la regla recta y armónica de la vida y un gusto delicado por las artes y la filosofía moral. Inherentes han sido también á ese ilustrado pueblo una rápida disposi-



Busto colosal de Hera (consérvase en la villa Ludovisi)

cion intelectual y una incomparable conexión de ardiente fantasía, brillante inteligencia y sólido juicio. Pero á todas esas cualidades se junta una poderosa pasión; el espíritu de partido y el furioso espíritu de facción imperan de un modo salvaje en toda la historia de Grecia, hasta llegar á las faná-



Ateña-Palás de Velletri

licas batallas de las confesiones cristianas. El excesivo amor propio de los griegos se trueca á menudo en soberbia. Crueldad durante las guerras; pero aun en las civiles, las artimañas, codicia y falta de miramientos son rasgos que no afean, antes de los tiempos romanos y bizantinos, la figura brillante del helenismo.

Todos los rasgos característicos indicados se repiten en las distintas razas helénicas; solamente que en unas predominan las peores y en otras las más nobles cualidades.

Los dialectos muestran de un modo muy marcado las diferencias en lo que concierne á los dones naturales entre los distintos grupos de los griegos; así el lenguaje lento, grandioso y propio de los eolios, bajo cuyo nombre comprendemos las masas de las antiguas razas, recordaba y sostenía el tipo de los de la antigüedad; al paso que el de los dorios, muy parecido al de aquellos, chocaba por su rusticidad y dureza. Este dialecto, en su progresivo desarrollo, permaneció siempre fiel al idioma general de los griegos, así por su sonido, como por sus formas flexibles; lo mismo que el de los jonios, cuyos caracteres esenciales son suavidad, flexibilidad, múltiple vocalización y abundancia de formas. Por lo que se refiere á los eolios, en los cuales no se reconoce un grupo selecto determinado, de modo que los modernos investiga-

dores pueden clasificarlos parte entre los jonios, parte entre los dorios; podemos decir, que entre los miembros principales de esa raza, predomina la fuerza material, la parte física y sensible de la existencia griega; al paso que con pocas excepciones, se muestra muy inferior á las demás en punto á manifestaciones políticas y artísticas. Distingüia, por el contrario, á los dorios, ante todo, una gran tendencia militar, que no se limitaba únicamente á la guerra terrestre, sino que les llevaba á empresas marítimas para aumentar su comercio: una severa disciplina y austeras costumbres, un amor al orden y al derecho, y una marcada tendencia á la vida política. No solo el riguroso modo de ser de los dorios y su inclinación á formar estados aristocráticos, se junta á menudo con una existencia fuerte muy experta y muy ansiosa de gobernar; sino que permite la constitución de elementos democráticos, que en las municipalidades dóricas presentan un carácter poco apacible.

VII.—CARÁCTER DE LAS RAZAS

Vamos á hablar, finalmente, de la raza jónica, dejando á un lado á Atenas, de cuyo desarrollo especial, trataremos más adelante. Los griegos jonios del mar Egeo y los de la costa lidio-caria, y los de las colonias que posteriormente formaron, poseen dones privilegiados: aptos para todas las nuevas manifestaciones y constituyendo la parte más movidiza de la nación griega, están destinados los jonios á ser el elemento poético, artístico y científico de la Grecia. Pueblo esencialmente mercantil, con marcadas tendencias á los goces de la vida, que pronto degeneran en molición, llegaron á ser los marinos griegos por excelencia y á representar en política el elemento democrático de la nación. No hay que negar por esto la aparición entre ellos de poderosos grupos aristocráticos, ni que en su país estuviesen libres de terribles guerras; sino que entre los jonios, más que entre los otros griegos, se nota el rasgo de un personalismo que da valor al derecho, á la libertad y á la actividad individuales, al lado y muchas veces frente á frente de la comunidad.

VIII.—EL NOMBRE DE HELENOS

Finalmente, el nombre genérico que comprende á todos los miembros de la nación griega es el de helenos, nombre que comenzó á imperar cuando las emigraciones, y que pereció cuando en el tiempo oriental-romano-cristiano, los griegos fueron designados con el de romanos. Ya más arriba nos hicimos solidarios de aquella teoría que no reconoce en los griegos del tiempo helénico (que tales deberían denominarse propiamente) á un pueblo distinto del de los pelasgos.

El helenismo se nos aparece como un nuevo paso dado en la cultura á que se encaminaban los griegos desde la época aquea y que recibió el último impulso de los tesalios y de los dorios. Este movimiento hacía la civilización que vemos desarrollarse en los tres citados grupos griegos, y que se sintió también en Asia, en concurso con grandes pueblos extranjeros, no se hizo sensible en todas partes con igual fuerza; pero es indudable que forma de un modo muy tangible y por mucho tiempo la línea de separación entre algunos pueblos de la Grecia y los miembros formados para la existencia helénica. Etolios, epirotas y macedonios fueron al cabo de algunos siglos, incluidos en ese movimiento del helenismo. Pero andan muy discordes los pareceres acerca del modo como se aplicaron al conjunto de la nación griega los nombres Hellenia y helenos, que originariamente solo corresponden á los tesalios y á las cosas á su raza pertenecientes, y que solo se

aplicaban primero á la comarca de Dodona, en el Epiro, y luego al territorio del Peneo, en los confines de la Ftíotide. Presúmese con algun fundamento que dichos nombres se generalizaron durante el siglo VIII antes de Jesucristo; que Delfos, el nuevo centro religioso de la nación, en creciente progreso, fué el lugar en donde se formaron las nuevas leyendas sobre el origen de los helenos y de sus grandes ramas, y que la extensión cada vez mayor de la gran Anficiónía de Apolo, residente en Delfos, contribuyó á la mayor generalización del nombre heleno.

IX.—RELIGION Y POESÍA HELÉNICAS

Antes de internarnos más en la historia de los helenos, dirijamos una ojeada á varias apariciones habidas entre los griegos hasta llegar á los claros tiempos históricos, estudiando en primer lugar el punto de vista religioso.

Los griegos no se contentaron, durante los tiempos pelásgicos, con las divinidades que les eran propias; á cada nuevo

curso de los siglos una importante transformación. Así como desde antiguo fueron concebidas como personalidades reales, que significaban fuerzas de la naturaleza, aparecen con un nuevo sello especial en el apogeo, en extremo idealista, de la epopeya griega, en los poemas de Homero. Así como por un lado el prolongado contacto con los fenicios dejó indelebles huellas en el culto griego; y por otro, desde la conquista de la costa occidental del Asia Menor, se confundieron con las de los griegos varias divinidades indígenas de este territorio (1); del mismo modo obró poderosamente en la comprensión del cielo de los dioses predominante en el pueblo griego, la poesía épica que se desarrolló en el suelo del Asia Menor, llegando á perfecta belleza y se manifestó como primer florecimiento precioso de la cultura griega, ganosa de sobrepujar al helenismo, y alcanzó el mayor esplendor de sus mitos del siglo IX, en los poemas homéricos. Homero tiene gran importancia para los griegos hasta el ocaso de la vida antigua: sus poemas, que aun hoy día entusiasman á los corazones poéticos, fueron en tiempo de los eupátidas el espejo de la hidalguía griega, en todas ocasiones el libro predilecto así del pueblo, como de las clases elevadas, y hasta los últimos momentos de Grecia la preciosa obra literaria, el libro maestro, la Biblia de los griegos. De todas esas composiciones épicas, y de cuanto después se les agregó, se deduce de una manera muy marcada el carácter de las divinidades griegas, tal cual dominaba en los tiempos helénicos. Por un lado han dejado de representar las fuerzas de la naturaleza; pues, á pesar de que todavía imperan sobre el mundo físico, los griegos han unido á esas formas las ideas morales que animan y rigen su vida y las han encarnado en personalidades características. Por otro lado la poesía épica, que cada vez va adquiriendo mayor fuerza y belleza, llevó á los cantores griegos á formar sus dioses al estilo de sus héroes, y á traducir su existencia, sus cualidades y todos los antiguos símbolos de la naturaleza, en hechos positivos.

Mientras algunas divinidades de segunda clase fueron convertidas en héroes, mientras algunas antiguas denominaciones de dioses, que se habían hecho ya ininteligibles, dieron ocasión, junto con las escenas que tales nombres significaban, para crear figuras heroicas independientes, el sistema de los dioses fué expuesto en una mitología completa, y con una genealogía de muchas ramas, cuyo centro se encontraba en el Olimpo. La existencia y la vida de los dioses son muy análogas á las de los hombres, si bien se hallan pintadas con colores ideales, y reúnen en sí todas las condiciones excelentes con que estaban adornados á los ojos de los poetas, los hom-

dad. Como diosa de la luz de la luna se nos presenta inmediatamente Artemis, la austera virgen, la intrépida cazadora, diosa, asimismo, de las selvas y de las fieras. El dispensador del fuego, el caudillo de los rebaños, y desde los tiempos fenicios el dios del tecnicismo artístico avivado por medio de ese elemento, fué Hefesto: la más antigua forma de Diana, compañera de Zeo, como en otro lugar dejamos sentado, fué sustituida por Hera, que en los tiempos épicos reina en el cielo junto á Zeo, ejerce su poder sobre las horas y el iris, gobierna las estrellas, y es considerada como madre de Hebe, que conservaba el esplendor de la tierra, y de las Cariteas que personificaban originariamente la primavera. Finalmente, Dionisio fué adorado como dios de la naturaleza que germina y brota, como el espíritu guardador de los árboles frutales, de la vid y del vino.

Todas las divinidades de los griegos sufrieron con el transcurso de los siglos una importante transformación. Así como desde antiguo fueron concebidas como personalidades reales, que significaban fuerzas de la naturaleza, aparecen con un nuevo sello especial en el apogeo, en extremo idealista, de la epopeya griega, en los poemas de Homero. Así como por un lado el prolongado contacto con los fenicios dejó indelebles huellas en el culto griego; y por otro, desde la conquista de la costa occidental del Asia Menor, se confundieron con las de los griegos varias divinidades indígenas de este territorio (1); del mismo modo obró poderosamente en la comprensión del cielo de los dioses predominante en el pueblo griego, la poesía épica que se desarrolló en el suelo del Asia Menor, llegando á perfecta belleza y se manifestó como primer florecimiento precioso de la cultura griega, ganosa de sobrepujar al helenismo, y alcanzó el mayor esplendor de sus mitos del siglo IX, en los poemas homéricos. Homero tiene gran importancia para los griegos hasta el ocaso de la vida antigua: sus poemas, que aun hoy día entusiasman á los corazones poéticos, fueron en tiempo de los eupátidas el espejo de la hidalguía griega, en todas ocasiones el libro predilecto así del pueblo, como de las clases elevadas, y hasta los últimos momentos de Grecia la preciosa obra literaria, el libro maestro, la Biblia de los griegos. De todas esas composiciones épicas, y de cuanto después se les agregó, se deduce de una manera muy marcada el carácter de las divinidades griegas, tal cual dominaba en los tiempos helénicos. Por un lado han dejado de representar las fuerzas de la naturaleza; pues, á pesar de que todavía imperan sobre el mundo físico, los griegos han unido á esas formas las ideas morales que animan y rigen su vida y las han encarnado en personalidades características. Por otro lado la poesía épica, que cada vez va adquiriendo mayor fuerza y belleza, llevó á los cantores griegos á formar sus dioses al estilo de sus héroes, y á traducir su existencia, sus cualidades y todos los antiguos símbolos de la naturaleza, en hechos positivos.

(1) Así, por ejemplo, se confundió con Apolo al dios del Sol, en Troya, Lidia, Caria y Licia, y se adornó á Artemis y Hera con muchos caracteres de procedencia indudablemente asiática.



Artemis-Agrotera (Museo del Louvre)

progreso de su cultura las comprendieron más perfectamente, y al fin les dieron una forma plástica. Pronto, sin embargo, aparecieron otras fuerzas divinas muy importantes, motivadas en parte por la fantasía griega, á fuer de indo-europea, y en parte por la naturaleza del territorio. Con efecto, aparece Palas, hermana de Zeo, diosa, en un principio, de la tempestad, y luego de las batallas victoriosas, la indómita virgen que lanza rayos: como dios del sol encontramos á Febo Apolo, poderoso señor de la luz, que rechaza las tinieblas y la maldad y que castiga los delitos con sus afiladas armas, la fiebre, la peste y el hambre, semillas que destruyen la felici-